

Isabel Hernández Gil

Cuentos del Sobrau

VILLABUENA EN LA MEMORIA

Liber
Factory

*Cuentos
del
Sobrau*

Cuentos del Sobrau

Villabuena en la Memoria

Liber **F**actory

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas de las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

© 2017 CUENTOS DEL SOBRAU. Villabuena en la Memoria.

© Isabel Hernández Gil

© 2017 Editorial: Liber Factory

C./ San Ildefonso nº 17 28012 Madrid. España

Web: www.liberfactory.com Tel: 0034 91 3117696

ISBN: 978-84-17117-33-7

Las opiniones expresadas en este trabajo son exclusivas del autor. No reflejan necesariamente las opiniones del editor, que queda eximido de cualquier responsabilidad derivada de las mismas.

Disponible en préstamo, en formato electrónico, en www.bibliotecavisionnet.com

Disponible en papel y ebook

www.vnetlibrerias.com

www.terrabooks.com

Pedidos a: pedidos@visionnet.es

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de nuestro grupo editor envíe un correo electrónico a:

subscripcion@visionnet.es

A esas pequeñas cosas que colorean la vida

Agradecimientos

(por orden de aparición)

- Foto “VILLABUENA EN LA MEMORIA” Manuel Gil
- Fotos “LA CALLE EL ORO” Manuel Gil (mi primo)
- Foto “CASAS DE TAPIAL” Manuel Gil
- Foto en blanco y negro “LAS CRECIDAS DE LA GUAREÑA” Manuel Gil
- Foto “ALREDEDEDOR DE NUESTROS PUENTES”
Puente de piedra, Ramsés Radi Hernández (mi hijo).
- La fuente del puente y las compuertas, Ernestina de la Iglesia (Tinita)
- Foto “LAS FUENTES PÚBLICAS NO SOLO ECHABAN AGUA” Eme Manso
- Fotos “EN BUSCA DEL ARBOL DE LAS SELBAS”
- Selbo sin fruto y selbo en otoño, Clodomiro Seco (Mirito).
- Árboles con fruto y plato de selbas, Ángeles Hernández.
- La romana pesando acerolas, Reyes Muñoz.
- Fotos (Interior de la Iglesia) “DE LA ESCUELA A LAS ROGATIVAS” Eme Manso
- Foto “LOS CLARINES DEL MIEDO” Nasser Radi Hernández (mi hijo)
- Foto El Correo de Zamora “TORO NUESTRO SEGUNDO PUEBLO” Ana María Guerra
- Información “EN EL NOMBRE DE BURACAS” Luis Crespo Valle
- Poema inaugural de La Casa de la Luz, María Nieves Crespo Valle
- Fotos “A MEDIA LUZ EN LA LUZ” Luis Manrique Gómez (Manri)
- Foto “EL TIEMPO ESTÁ PARADO” Manuel Gil

Cuentos del Sobrau

Introducción

Cuentos *del Sobrau* para, cuando el calor, el viento, el frío y la lluvia nos meten en casa. Tiempo de cuentos para los que todavía no hemos perdido ese lado infantil de cuando niños y que a todos nos gusta recordar ahora, ahora que realmente ya no volveremos a serlo. Porque hay momentos en los que gusta volver a los años infantiles y quedarse ahí unos instantes o unas horas, no por añoranza, sino por el placer de recordar esa magia, esos sueños que dejamos allí. Porque a veces tengo nueve años y otras veces tengo más de cien.

El Sobrau

Para el que no sepa qué es un *sobrau*, (también denominado trastero, cámara, buhardilla, ático o desván) es un espacio comprendido entre el techo de la vivienda y el tejado de las casas de pueblo, de las llamadas casas-bajas. Y ahí, en el desván, en ese rincón para los niños donde descansan los juguetes viejos y nuevos, los cuentos y comics ya releídos, las postales antiguas, las fotos viejas, los cuadernos llenos de los cursos pasados, la jaula de los grillos esperando la temporada de “inquilinos” la cuna, la sillita del niño pequeño o las varas de “*echar a andar*”, el caballito balancín de cartón, los baúles de la ropa usada y tantas cosas más y tantos trastos más.



De toda la casa, es el *sobrau* el sitio más apetecible de los niños, y lo hace todavía más deseable el hecho de que no se pueda subir siempre y cuando se quiera, porque en verano el calor es insoportable y en invierno uno puede morir de frío allá arriba. Los ratos en el *sobrau* están limitados al tiempo de otoño y a la primavera entre las horas del día de más luz, a la luz de los rayos de sol que filtran las pequeñas ventanas y la claraboya. Que no coincidan con el horario de la escuela y con las horas de hacer los recados de casa, del comercio, de ir a buscar agua a la fuente pública, de ayudar a hacer los oficios de casa y las tareas del corral, partir leña, atender a los animales, echar de comer a las gallinas, a los cerdos, a los conejos, a las cabras, ayudar en los trabajos del campo y de la huerta, ir al estanco a comprar el tabaco y el librito, ayudar a desaparecer las mulas cuando llegan del campo, hacer los deberes de clase... Los ratos del *sobrau* siempre saben a poco.

La caja de los cuentos

La caja de los cuentos era una caja de cartón, una caja de zapatos, bueno de zapatos no, es una caja de botas de hombre que era la caja más grande que había en las zapaterías de Toro. Estaba guardada en el *sobrau* de Blanca y de Corina. Las niñas ya ni se acuerdan del tiempo que lleva allí la caja porque desde que les alcanza la memoria siempre ha estado ahí en ese rincón sobre la mesa pequeña. Su madre le ha contado que, poco a poco ha ido guardando todos esos cuentos para cuando ellas aprendieran a leer. Mientras ese día llegaba su madre les ha leído unos cuantos y les ha contado otros tantos y así ha despertado la curiosidad de las niñas, sobre todo la de Blanca que le han entrado las prisas por aprender a leer porque todos esos cuentos le encantan y quiere leerlos a todas horas de tanto que le gustan y sin que nadie le ayude, eso dice la pequeña.



La caja de cartón aumenta su colección de letras infantiles cada vez que van a comprar una libra de chocolate para las meriendas. En las tabletas de chocolates El Alba de Vezdemarbán (Zamora) entra de regalo un cuento chiquitito, no es más grande que la mitad de una octavilla, pero a las niñas les alegra el día entero y más. Los otros cuentos de pasta-dura con dibujos grandes de colores, los comics de hadas y princesas, los Tebeos, o los suplementos de Amuca de la revista femenina “ama” los han ido heredando de los primos y primas que ahora ya son unos mozos. Y los Reyes Magos también han traído cuentos nuevos de esos grandes con dibujos de colores que ocupan toda una página; Blancanieves y los Siete Enanitos, Caperucita Roja, Cenicienta, El lobo y los Siete Cabritillos, El Pastor Mentiroso, La Bella Durmiente, Hansel y Gretel, La Cigarra y la Hormiga y tantos más. Y también tienen como media docena de esos cuentos que le

dicen *cuentos troquelados* Todos, todos están guardados en la caja de cartón junto a las fábulas y los cuentos de Calleja de su madre. Todos tan bonitos como las vivencias de los niños en el *sobrau*. Sus tardes de *sobrau* junto con las mientras sies-tas de los veranos, son los ratos libres de la niñez que más se parecen a esas vidas de los cuentos.



Una Rampalla en el viento de otoño



Hoy es uno de esos días de luz intermitente; la claridad del día viene y va al antojo de un viento cálido de otoño que se entretiene jugando con las nubes, las trae y las lleva casi a la velocidad de un relámpago, tapa y destapa el sol en un instante como si alguien, al oscurecer, estuviera enredando con el interruptor de una lámpara eléctrica; ahora oscuro, ahora claro, con luz, sin luz...

Las madres y las abuelas espuntean unas *rodillas de mondongo* sentadas a la *obligada* en el rincón de la solana. Han colocado el poste inclinado, apoyado en la pared, y han colgado una manta del palo a modo de cobijo preservando del viento que le vuela las hebras del hilo, las faldas, y el paño de labor.

—Hace un día del demonio— murmuran cuando se cuela una racha entre los bajos de la manta y salen volando los canastillos de costura, o cuando, momentáneamente, el sol se oculta detrás del nubarrón y permanecen con la aguja en el aire entre los dedos, esperando a que se haga la luz para seguir dando puntadas.

—Sí, hace un día del demonio— contestan a coro.

Los hombres, en plena sementera, han echado el hato para todo el día, hay que preparar la tierra para la nueva simiente. Los escolares disfrutan de su tarde de jueves sin clase. Con hojas de cuaderno fabrican aviones de papel que sueltan al aire y van cogiendo altura entre las risas, el alborozo y el griterío infantil que, explota por doquier, mirando cómo se elevan al cielo zigzagueando, hasta perderlos de vista. Los más pequeños, cuando dejan de ver los aviones, lloran desconsolados. Las madres cosen una hebra de hilo muy larga en sus aviones de papel, y los pequeños, persiguen alegres los hilos sabiendo que no se les escaparán, que pueden controlar su vuelo.

Las hermanas Corina y Blanca, con su merienda temprana de pan y chocolate, han ido a llamar a Migue y los tres se van a buscar a Mey, y los cuatro coinciden en que hace una tarde de esas de pasarla en el *sobrau*.

Allá arriba, en el *sobrau*, el viento silba por las rendijas y se asustan los gatos y los ratones y echan carreras desorientados. Por la ventana que da al corral suben los cacareos y el alboroto de las gallinas que, empujadas por el viento, ahuecan las plumas despavoridas revoloteando dentro de “la bruja de aire” a merced del remolino.

Como quiera que los cuatro niños subían al *sobrau* de Migue hablando a voces, riendo y soltando gritos de contento

porque iban a ver las redes de pescar del bisabuelo de Migue; no repararon en los silbidos del viento que rugía como dentro de las vigas entre las grietas de madera, entre el cañizo y el barro del techo, en las rendijas de las ventanas, en el balanceo de las telarañas....

Los niños, al final de la escalera, se quedan parados y siguen con la mirada los reflejos del sol; ahora aquí, ahora allí, mezclándose con los bramidos del viento. En un visto y no visto, tres ratones cruzan el *sobrau* justo a los pies de los niños, a la vez que un maullido lastimero del gato amarillo se hace oír desde la viga maestra. Los niños apiñados entre sí, no se han movido del sitio, siguen anclados al final de la escalera.

—Hace..., como si fuera a venir la Rampalla— dice Blanca entre sollozos agarrada a las faldas de su hermana Corina.

—Ya está la miedica esta— protesta Migue —no sé por qué tienes que llevarla a todas partes Corina, con lo pequeña que es, se asusta de todo, podías haberla dejado con tu madre.

—A mí me gusta llevar a mi hermanita, a ella también le gusta venir donde yo vaya, ya que no puede venirse conmigo a la escuela..., la llevo donde sea. Además mi madre dice; que, cuando yo me voy se queda llorando y yo no quiero que llore.

—Que sepas que si yo tuviera una hermana pequeña la llevaría conmigo a todas partes— dice Mey— y tú seguro que harías lo mismo Migue, que como nosotros no tenemos hermanos, nosotros qué sabemos.

—No sé, puede que sí. Pero..., Blanca, en mi *sobrau* no hay Rampalla, bueno, en mi *sobrau* ni en ninguno y en nin-

gún sitio, ¿es que alguna vez has visto la Rampalla? A ver, ¿cómo es?, ¿quién sabe cómo es? Nadie lo sabe, así que deja de lloriquear ¿vale?

—Está ahí —balbucea Blanca— en la puerta del armario...

Los cuatro, cogidos de la mano, se pegan a la pared. El *sobrau* se enciende y se apaga. Tan pronto se ilumina como se queda en la penumbra al capricho de las nubes y del airón que ruge ahora más fuerte entre las grietas y las rendijas.

Como quiera que los cuatro niños subieran al *sobrau* de Migue hablando a voces, riendo y soltando gritos de contento porque iban a ver las redes de pescar del bisabuelo de Migue: no habían reparado en la puerta entreabierta del armario viejo donde, sujeta a una percha, se *rescolgaba* la capa de paño negro dando bandazos a las corrientes de aire, expandiendo una sombra oscura que olía a bolitas de alcanfor.

El sol de ida y vuelta, aparece y desaparece por la ventana, choca en el espejo del armario de luna llevando su reflejo en el vaivén de la puerta y en la sombra agigantada de los vuelos de la capa por todos los rincones del *sobrau*. No repararon en los silbidos del viento que rugía como dentro de las vigas entre las grietas de madera, entre el cañizo y el barro del techo, en las rendijas de las ventanas, en el balanceo de las telarañas o en aquella capa de paño, de color que negro, que sobresale por la puerta entreabierta del armario viejo, el armario de luna con medio espejo roto.

—¡La Rampalla, la Rampallaaa!— gritan a más no poder los cuatro niños.

Los gritos llegan hasta la solana, y las madres tiran la costura y salen corriendo hasta el *sobrau* de Migue. Los tranquilizan haciéndoles ver que eso que pensaban que era una

Rampalla, no era nada más que la sombra de la capa moviéndose al viento, que es lo que les ha asustado, solo eso, y que la Rampalla no se le aparece a los niños a no ser que sean niños muy malos y que ellos no lo son. Y las madres se quedan con los niños en el *sobrau* examinando todos los rincones y vericuetos. Descuelgan entre todos las redes de pescar del bisabuelo de Migue, son muy largas, ocupan casi todo el perímetro del *sobrau*.

—Nadie antes las había descolgado —dice la madre de Migue— pero hoy, basta que haya pasado lo que ha pasado, se descuelgan y ya está, así las ven mejor, así las disfrutan más, que enreden un poco con ellas.

Entre los dobleces de la red, los niños descubren, entusiasmados, un cuaderno escrito con tinta granate, quieren que les lean las madres un poco de aquello que pone allí, porque es una letra que se le hace muy bonita, pero que ellos no la entienden. Pero ya tendrá que ser otro día, porque empieza a oscurecer y pronto se hará de noche. Los niños ya se han ido olvidando de ese miedo, de ese mal-rato que pasaron esta tarde del jueves, al menos por ahora, ya, ni se acuerdan.

Migue y el mago Gastón

Junto al salón Norte, en lo alto del *testero*, esta mañana han aparecido los camiones de los comediantes, titiriteros y artistas. Los cómicos, habitantes de ese mundo errante, un mundo que apenas pueden imaginar los niños porque nunca viajan, y los mayores, como que tampoco. Sin embargo, hay gente que trabaja de ir de aquí para allá, porque su trabajo consiste en eso, en ir de ciudad en ciudad de pueblo en pueblo, recorriendo el país en una camioneta, en carros o con el equipaje acuestas. Inventando o aprendiendo los guiones, interpretando teatro, sainetes, títeres y comedias por un precio módico o haciendo trueque a cambio de alimentos y posada.

En cualquier caso, su presencia da más alegría en el pueblo, saben que esta noche habrá espectáculo al que no faltarán.

En el buen tiempo suelen representar algunas actuaciones a la puerta de la Iglesia, y la mayoría a cubierto, en el salón Norte; es nuevo, es grande y está equipado con un escenario muy amplio.

A media mañana el pregonero del pueblo anuncia la comedia y a los comediantes por las esquinas. Ya se han enterado todos.

A la salida de la escuela los niños, como en estampida, salen corriendo y rodean los vehículos de los titiriteros, husmeando cualquier movimiento ante toda aquella parafernalia. A saber; baúles, cajas, maletas de cartón, y todo el trasiego de trastos, vestuario, bigotes postizos, sombreros y

chisteras, una trompeta, una jaula con dos palomas, una varita mágica, una armónica, unas barajas de naipes, y demás detalles para preparar escenas y escenarios. Los niños miran todo aquello como si se tratara de un tiempo encantado, de una visión mágica.

Migue se echa a un lado apartándose de ese escaparate de colores donde los niños miran y admiran. Trata de imaginar cómo serán los días de estas personas; camino y más camino, frío y calor, polvo, lluvia y viento, y se pone triste. Pero no tarda en olvidar su tristeza, cuando el niño descubre, en lo alto de la ladera, a un señor mayor con una especie de turbante amarillo-azafrán en la cabeza. Viste un traje de pana verde aceituna, botas marrones de caña alta adornadas con brillantes tachuelas y borlas colgantes en los lados. El hombre está adiestrando un monito. Un mono de los de verdad que obedece instrucciones como si las entendiera, imita movimientos, acciona, exhibe piruetas, equilibrios y desequilibrios. El diminuto animal parece un columpio en constante vaivén. Luego, el señor del turbante lo mete en una jaula, le da un plátano que el mono pela en un visto y no visto y lo engulle en otro santiamén.

Ahora que el mono está a resguardo Migue se aproxima un poco más para verlo de cerca, al mismo tiempo el hombre abre un baúl y saca unos muñecos hechos de madera, cuerdas y trapo.

—Buenas tardes señor -susurra Migue

—Hola muchacho -saluda una muñeca con trenzas de lana amarilla— me llamo Taty, soy una marioneta tengo tres hermanos más que van a salir con los duendes de guiñol. Es una voz de chica...

Migue mira a su alrededor y no ve ninguna chica...

—Yo..., yo soy Migue y sé que las muñecas no hablan Taty —dice convencido de que el señor del turbante amarillo tenga poderes haciendo hablar a los muñecos. Pero está encantado de que le hable la muñeca, de que se haya dirigido a él.

—Me llamo Gastón, soy el mago Gastón, ya veo que te gusta esto, ¿vendrás a vernos esta noche Migue?

—Ya me gustaría señor, pero en mi casa no hay posibles, quiero decir que no sobra el dinero.

—Veniros con lo poco que haya, quiero decir con la voluntad...

—Lo poco en mi casa se necesita para otras cosas señor Gastón, no hay para ir al circo.

—Bueno, habrá que arreglar de alguna manera para que, al menos, puedas acudir a una sesión.

—Mis padres dicen que no debo aceptar ninguna otra ayuda que no sea del todo necesaria, que no sea indispensable, ir al circo no lo es.

—Ya, yo pienso que un niño merece ver un espectáculo como el mío y con mayor motivo si además lo va a tener a las mismas puertas de su casa —dice el mago Gastón mientras trastea entre cajas y baúles. Ahora saca una mesita plegable y un paño de color verde, se envuelve en una capa negra y hace aparecer y desaparecer las cosas, y cambia de voz..., es ventrílocuo. Migue no sabe qué significa ser ventrílocuo..., y Gastón le explica el significado y le dice que le guarde el secreto.

—¿De dónde eres? Pregunta Migue, y la muñeca Taty responde que su casa está en todas partes y en ninguna, que es de aquel lugar donde la llevan los baúles, que no tienen paradero, nunca están más de cuatro días en el mismo sitio...

—¿Vendrás a ver la actuación esta noche, Migue?

—Las ganas son grandes, chica de pelo amarillo, pero como ya te dije antes, en mi casa no tenemos dinero para fiestas.

El señor Gastón comienza a guardar los muñecos; la capa, la trompeta, el acordeón y la jaula del mono. Luego se libera del turbante amarillo que le cubre el cuello, la cabeza y el mentón. Migue queda sorprendido ante la apariencia del hombre a cabeza descubierta; tiene el pelo muy largo y muy blanco y la barba más larga, más blanca y más espesa que él haya visto jamás en ningún otro hombre viejo.



El señor Gastón da por terminados los ensayos, se cala una gorra visera, toma una carpeta de cartón bajo el brazo y le explica al niño que ahora ha de ir a ver a las autoridades del pueblo y realizar algunas gestiones antes de empezar la función de esta noche. El hombre se despide de Migue y sale andando aprisa por la calle arriba. Al dar la vuelta a la esquina se encuentra con la *señá* Celia que anda zascandileando por el pueblo cautivada por el ambiente artístico que respira la tarde.

—Buenas tardes tenga usted —saluda nada más ver al señor Gastón —¿Oiga, qué es lo que lleva dentro de esa carpeta?

—Especias, señora, llevo especias, sal, pimienta..., especias.

No sabe Migue que, el señor Gastón tiene por costumbre ir a preparar sus trucos a las casas de los pueblos donde vive la gente que esté más necesitada, y además, darle empleo en la función y hacer que la familia asista gratis al espectáculo si así lo desean, a cambio de que no revelen sus trucos y de que guarden ese secreto tan, tan confidencial y tan importante para todos los personajes del espectáculo de circo.

Las autoridades del pueblo le informan de la casa de Migue, ahí sí que hay necesidad desde que enfermó su padre, le dicen, y acompañan al mago Gastón hasta la casa de Migue a hacer las presentaciones y las peticiones.

Como quiera que el padre de Migue no puede realizar tareas pesadas, acepta con gusto ayudar a vender tiras de la rifa en los intermedios de la función, esas tiras de papel numeradas al precio de dos duros cada una. De esas diez pesetas, cinco, serán para el padre de Migue además de invitar a toda la familia a las actuaciones a cambio de que le deje preparar sus trucos al resguardo de su casa como suele hacer en los pueblos que visitan. Y, llegados a un acuerdo los unos y los otros, vuelve el señor Gastón, a casa de Migue, con su maletín de madera, lo acomoda encima de la mesa y saca una baraja de cartas, una vela, un vaso de cristal, una cucharilla, un hilo de esos invisibles de las cañas de pescar y tres patatas. Lo esparce por la mesa camilla y allí en la mismísima cocina de Migue se empieza a “cocinar” lo que será parte del espectáculo.

Migue, que se había quedado hasta el oscurecer, curioseando entre los aperos del circo, llega a casa cuando el señor

Gastón ya hacía un buen rato que había llegado. El niño no repara en que el mago está sentado, al humor de la lumbre, con su abuelo. Migue está pletórico, no para de hablar y de contar, entusiasmado, que viene de ver a los titiriteros, que ha visto el mono del mago Gastón, y a la muñeca que habla, que se ha dirigido a él que es una marioneta que va peinada con trenzas hechas de lana amarilla y que se llama Taty, y que el viejo Gastón hace diferentes voces porque es *ventri-cuo* o como se diga. Cuando, de pronto, Migue vislumbra al mago sentado junto a su abuelo. El mago Gastón sostiene una patata en la mano, mientras el abuelo deja caer la cera líquida de una vela encendida, sobre la patata, siguiendo las instrucciones del mago Gastón, y, le piden a Migue que, él mismo, espolvoree tierra sobre aquella cicatriz simulada en la patata... La alegría y el contento del niño se desparrraman a raudales llenando la cocina y el resto de la casa de risas infantiles como nunca antes se había llenado. Migue no recuerda haberse sentido tan alegre en casa, ni haber visto a sus padres y a su abuelo tan risueños como aquella noche que el mago Gastón estuvo un rato, pero un rato largo en su casa.

El niño, en esos momentos previos al sueño, revive las escenas de la actuación de esa noche en el circo: el mono mostrando al público sus monerías y habilidades, la muñeca Taty y los muñecos de guiñol, el paño verde cubriendo la mesa plegable, la capa negra y vaporosa que luce el mago... Esta noche a Migue le cuesta dormir, piensa que a él también le gustaría estar dando vueltas a la magia del señor Gastón, y preguntándose, como sus amiguitos, como todos los niños ¿cómo podía ser posible que una patata entera tuviera dentro una carta? ¿Cómo es que el señor Gastón la divisó en la trompeta del músico? ¿Cómo hizo desaparecer la carta y la patata del escenario? ¿Cómo bailaba la cucharilla en aquel vaso transparente, a las órdenes del mago Gastón? Él que-

ría también haberse hecho todas esas preguntas como se las iban haciendo, de regreso a casa, todos los niños del pueblo. Todos esos niños que no podían imaginar que Migue se sabía todos esos trucos y que tenía las respuestas a todas esas preguntas porque había sido testigo de su preparación en la mismísima cocina de su casa.

Sin embargo, ahora Migue sentía como si en él, también hubiese hecho efecto la magia, como si se hubiera hecho aquella tarde mucho más mayor que Mey, que Blanca, que Corina y que todos los niños del pueblo... Pero tendría que guardar el secreto, ese era el precio que había tenido que pagar, habría de guardarlo al menos hasta que todos fuesen muy mayores..., pero ¿sería capaz de esperar tanto tiempo? Tenía que hacerlo, se decía, tengo que guardar silencio también por obediencia a mis padres y a mi abuelo.

Entre el placer y la pena a Migue le venían a la cabeza esas imágenes del corte de la patata, de cómo introducían la carta doblada dentro del corte, de cómo encendieron una vela, y taparon la abertura de aquella patata con cera líquida, y cuando apenas se solidificó la alisaron y él mismo la manchó de tierra, hasta tener la apariencia de una patata cualquiera. Y el tintineo de la cucharilla dentro del vaso colocado encima de la mesa plegable en mitad del escenario para que se viera bien. A la orden de “cucharilla baila, baila, baila, baila” la cuchara se volvía loca a bailar dentro del vaso hasta que el señor Gastón le decía solo una vez, —cucharilla, para. Y entonces se quedaba quieta. Era un simple hilo invisible atado a un agujerito insignificante que tenía la cucharilla en el rabo. Desde candilejas, otra persona tiraba del hilo y hacía parar y bailar la cuchara a las órdenes del señor Gastón. Y el padre de Migue que, después de terminar la venta de la rifa, mientras los espectadores estaban pendientes del esce-

nario donde se realiza el sorteo, se dirige a hurtadillas hacia el templete del salón, y allí a uno de los músicos del pueblo, al trompetista, le coloca la patata encerada, en la mismísima campana de la trompeta.

Y aquellas adivinanzas dirigidas a los niños;

—¿Qué hacen seis pájaros en un árbol? Preguntaba la muñeca Taty al público infantil.

—Pues cantan.

—Pues picotean la fruta.

—Pues..., pues buscan cobijo.

—Hacen los nidos...

—¡Hacen media docena...! Gritaba con entusiasmo la muñeca de las trenzas de lana amarilla y seguía preguntando:

—Y ¿sabéis qué hace un pastor cuando sale el sol?

—Pues..., sigue cuidando a las ovejas.

—Se sienta a la sombra.

—Se calienta un poco sentado al sol.

Respondían todos los niños a la vez atropellando las palabras...

—¡Un pastor cuando sale el sol, hace sombra, queridos niños...!

Y las risas de niños y mayores retumbaban por todo el salón.

Y el mago Gastón en otra de sus actuaciones, disfrazado de payaso, con la cara pintada de blanco y negro y luciendo un nariz roja en forma de bola, lleva puestos unos zapatones